

## BREVE BALANCE DE UN SIGLO DE PSICOANÁLISIS

*¿Qué perdura del trabajo de Freud en la psicología contemporánea?*<sup>1</sup> Nos formulamos esta pregunta apuntando sólo a ciertos aspectos que consideramos esenciales y, al parecer, válidos, es decir, incorporados al imaginario psicológico o a su discurso, como se dice ahora, sin que haya inconveniente en aceptarlos, con correcciones o matizaciones ineludibles. Este *nihil obstat*, como toda apreciación en el campo de la ciencia empírica, constituye sólo una proposición probable y no está exenta de futuras correcciones.

Lo que sí es indudable es que el siglo XX ha sido marcado por el psicoanálisis. Como fenómeno cultural es, pues, de gran relevancia. Esto no le confiere inmunidad alguna, por cierto. Es sólo signo de algo que no se puede ignorar. Al intentar la evaluación de lo que podemos aceptar de los aportes freudianos lo hacemos, obviamente, desde el punto de vista llamémoslo *aristotélico-tomista*, o tomasiano, como prefiere decirse a veces. No se trata de realizar una crítica del freudismo. Esta tarea ha sido cien veces hecha, con resultados diversos. Nosotros, en los últimos cuarenta años, hemos sido testigos de reiteradas partidas de defunción del freudismo y, más en general, del psicoanálisis. «Los muertos que vos matáis gozan de buena salud», responden voces de aquí y allá. Es verdad. Es un caso de una mala salud de hierro. Porque si bien al presente la salud de esta escuela psicológico-antropológica es un tanto precaria, no conviene dar por muerto al enfermo antes de tiempo.

### EL HOMBRE Y SUS CIRCUNSTANCIAS

«Freud era austríaco y judío —dice J. C. Agulla— y perteneció a una familia burguesa acomodada (pero desplazada de la estructura de poder), que le dio una formación universitaria sólida y bien fundamentada [...] Como detalle ilustrativo conviene recordar que otro vienés, judío y burgués, como Wittgenstein [...] formó otro círculo intelectual de contenido y posición completamente antagónicos con los de Freud [...] De estos círculos han de partir una serie de intelectuales o científicos sociales, también vieneses, judíos y burgueses (Lazarsfeld, Marcuse, Fromm, Jahoda, Adler, etc.). Es probable que alguna teoría de la marginalidad pueda explicar esta situación

---

<sup>1</sup> El freudismo y sus epígonos han contribuido decisivamente al proceso de descristianización de la cultura. Esto por delante, esperamos que no se malinterprete la evaluación que hacemos a continuación.

[...] No hay que olvidar —dice más adelante Agulla— la condición de burgueses, de judíos y de heterodoxos de estos intelectuales en una estructura de poder aristocrática, católica y tradicional»<sup>2</sup>. Tal teoría de la marginalidad para explicar el gran *need achievement* (necesidad de logro, de triunfo) de las minorías ha sido utilizada de manera convincente por diversos autores (entre otros, científicos sociales de la talla de Albert O. Hirschman y Raymond Boudon) para explicarse el empuje social de ciertas minorías, sea en el comercio, en el deporte, en las fuerzas armadas, en el sindicalismo, en las tareas intelectuales, o en otras. Entre los premios Nobel norteamericanos, un tercio o más son judíos. Alemania, hasta 1933 fue el país que más premios Nobel ganó (30%), pero de ellos un tercio fueron judíos alemanes y en medicina la mitad<sup>3</sup>. Y aquí la teoría del complot no vale. No obstante, en una obra relativamente reciente, Howard Gardner matiza la tesis de Agulla respecto de la sociedad vienesa de la época: «Freud se benefició de la considerable distancia existente entre la retórica oficial (conservadora) y las circunstancias reales que rodeaban la actividad creativa y que estaban permitidas en Viena»<sup>4</sup>. Gardner opina que Freud no podría haber publicado sus textos sobre la sexualidad en la Inglaterra de la misma época.

Con relación a esta disputa, nos parece que lo mejor que hemos leído es el capítulo «Mitos freudianos y realidades freudianas» de un testigo excepcional de la época: Peter Drucker, quien dice lo siguiente: «La mayoría de la gente, sobre todo en el mundo de habla inglesa, acepta sin discusión tres “hechos” acerca de la vida de Sigmund Freud. Que durante toda su vida Freud afrontó graves problemas financieros, y vivió en estado de casi pobreza; que padeció mucho los efectos del antisemitismo, se le negaron las designaciones universitarias y el reconocimiento cabal que merecía porque era judío, y que la Viena contemporánea, sobre todo el ambiente médico, ignoró y despreció a Freud [...] Los tres “hechos” son nada más que mitos»<sup>5</sup>, concluye Drucker y pasa a demostrarlo con verdaderos hechos. Lástima no poder seguir su argumentación; sólo agreguemos que este autor señala que el puritanismo sexual, contra el que habría reaccionado Freud, no es atribuible a la Viena de la época, bastante liberal en esta materia, según Drucker, sino más bien al ambiente judío del que Freud provenía.

Pues bien, sea como fuere, son este contestatario radical que fue Freud y su contexto, que al menos él percibía como adverso, los que produjeron el psicoanálisis. Pero por más radicales, chocantes e injustificables que puedan ser sus ideas, ¿es motivo suficiente para no tratar de ver, tras su resentimiento anticristiano y antirreligioso en general, qué puede haber de interés en su ingente obra? Porque Freud rayó en la genialidad. Personalmente me resultó más simpático cuando me enteré que, gracias a sus dotes lingüísticas extraordinarias, aprendió por su cuenta el castellano a fin de poder leer en su idioma original a Cervantes. Otro dato inverosímil, si no fuera real, es que Freud siguió durante tres años las lecciones de filosofía de Franz Brenta-

<sup>2</sup> J. C. AGULLA, *Teoría sociológica*, Depalma, Buenos Aires 1987, p. 181.

<sup>3</sup> Cfr. P. JOHNSON, *La historia de los judíos*, Vergara, Buenos Aires 1991, p. 473.

<sup>4</sup> H. GADNER, *Mentes creativas*, Paidós, Buenos Aires 1995, p. 94.

<sup>5</sup> P. F. DRUCKER, *Mi vida y mi tiempo*, El Ateneo, Buenos Aires 1981.

no, un ex dominico con fuertes resabios aristotélico-tomistas. Pero dejemos al hombre y su circunstancia para ir a lo que nos interesa hoy aquí.

#### LO QUE SE CONMEMORA

En 1896 Sigmund Freud presentó ante la Sociedad de Psiquiatría y Neurología de Viena su trabajo *La etiología de la histeria*. Es su primera obra psicoanalítica. ¿Quién iba a sospechar entonces, frente a la glacial indiferencia con que fue recibida (Gadner), el influjo que el freudismo tendría en la cultura a lo largo del siglo que va desde entonces. Insistamos. La falta de receptividad del auditorio no tiene que ver con motivaciones antisemitas. Drucker recuerda que el 60% de los médicos vieneses de la época eran judíos. Éstos, y por razones doctrinales, no raciales, fueron muy poco adeptos a las nuevas ideas de Freud. Más adelante, en otras latitudes, las cosas serán diferentes. Los judíos no religiosos se sumarán en buen número al freudismo, dando así hasta hoy la impresión de que el psicoanálisis es un producto propio de la cultura judía no creyente. Lo cual sí ha producido reacciones antisemitas, que no son sólo de lamentar, sino que resultan muy poco científicas y no sirven más que para enturbiar un debate que debiera ser mucho más sereno de lo que ha sido.

Creemos que los cincuenta años de *Sapientia* y los cien de psicoanálisis constituyen una buena ocasión para volver a mirar a este último, aunque muy breve y acotadamente, desde la antropología tomista.

#### EL MEOLLO DEL MODELO FREUDIANO

En ciencia experimental (fenoménica), las teorías o sistemas cognoscitivos son, propiamente hablando, *modelos*. De la misma manera que hay un modelo newtoniano del universo, hay otros ptolemaico, einsteiniano, etc. En ciencias sociales ocurre algo similar. Hay modelos funcionalistas, marxistas, entre tantos otros. El psicoanálisis es un modelo de la dinámica psíquica. También denominable *paradigma*, para emplear la terminología de Kuhn<sup>6</sup>. No podemos extendernos sobre el particular. Una exposición muy buena sobre el tema puede verse en Boudon, aunque referida a la sociología<sup>7</sup>. Sus enunciados son perfectamente trasladables a la psicología<sup>8</sup>.

Con Howard Gadner, creemos que la clave de bóveda del modelo freudiano está en la noción de *represión*<sup>9</sup>. Como tantas palabras usadas por el psicoanálisis, ésta está mal elegida. Lo que Freud descubre o cree descubrir se podía llamar, efectivamente,

<sup>6</sup> Cfr. T. S. KUHN, *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago University Press, Chicago 1962.

<sup>7</sup> Cfr. R. BOUDON, *La logique du social*, Hachette, Paris 1979.

<sup>8</sup> Cfr. A. PITHOD, «La relación entre individuo y estructuras en el análisis social»: *Ethos* XII (1984-1985) 81-95; e ID., «Epistemología e ideología en las ciencias humanas»: *Ibid.* XIV-XV (1986-1987) 29-53.

<sup>9</sup> Cfr. H. GADNER, *Mentes creativas*, p. 81.

represión. Pero se trata de un caso entre otros de comportamiento defensivo. El ente biopsíquico utiliza una gama de defensas que sobrepasan en mucho lo que Freud llamó *represión*. Hay otros procesos defensivos que, también con un mal nombre, la escuela freudiana llamará *mecanismos de defensa*<sup>10</sup>. Nosotros preferimos hablar de *procesos* y no de *mecanismos*, pues se trata de fenómenos difícilmente comprensibles si se los piensa como mecánicos. Son fenómenos vitales muy plásticos y altamente adaptativos a situaciones bien diferentes. Insistimos en que son biopsíquicos, no sólo psicológicos —lo que el psicoanálisis llama *psique* o *mente* lleva a una concepción psicologista—. Con el avance de las neurociencias se hace cada vez más remota la posibilidad de un reduccionismo de este tipo, y de cualquier otro.

¿Por qué decimos que el descubrimiento de la represión es la clave de bóveda del sistema? Obsérvese que decimos *descubrimiento*. *Lo fue*, nos permitimos remarcarlo. Freud comprendió que frente a una situación vivida como agresiva o insoportable, el aparato (tampoco es un *aparato*) psíquico se defiende desviando la angustia del yo consciente, y remite las imágenes y emociones inaceptables al sótano del inconciente. ¿Puede suceder algo semejante? Parece difícil negarlo. Pero lo importante de este descubrimiento no es tanto el concepto mismo de *represión*, sino que con él se descubriría un proceso desconocido por la psicología anterior. Más aún, es la llave de oro para penetrar en el incierto mundo, incierto pero ciertamente real, de estos fenómenos instintivo-emocionales, o, para no usar un término sospechoso y reductor (biologizante) como es el de *instinto*, hablemos de conativo-afectivos, u orético-afectivos. Freud insistirá siempre en el carácter inconciente de estos procesos, inconciente como lo imagina él, por lo que insistirá que son sólo alcanzables por hipnosis o psicoanálisis. Aquí nos apartamos del modelo. Los procesos (mecanismos) de defensa del yo no son necesariamente inconcientes, y menos en el rígido sentido que ese término tiene en Freud.

Un atento autoanálisis —suficientemente paciente y lúcido— probará al lector cuántas defensas se movilizan para protegerlo. El esquema absoluto del mecanismo de defensa biopsíquico se da con el *desmayo*. En casos extremos se puede llegar más allá todavía como, v. g., con la caída en un sueño o coma más o menos profundo y prolongado<sup>11</sup>. Cuando la realidad interna o externa se torna insoportable, el yo se borra a sí mismo<sup>12</sup>. La persona se desmaya<sup>13</sup>. La represión sigue el mismo esquema procesual: el yo consiente se defiende de un contenido psíquico angustioso. Pero hay muchos otros modos, mucho más habituales, más corrientes, de los que todos nos valemos más o menos inconcientemente (aquí uso el término «inconcientemente» en un sentido amplio, que no es el de Freud). ¿Quién no recuerda la fábula de la zorra y las uvas? La zorra contempla los apetitosos frutos colgando del parral. Salta

<sup>10</sup> Cfr. ANNA FREUD, *Los mecanismos de defensa del yo*, Paidós, Buenos Aires 1950.

<sup>11</sup> Cfr. O. SACKS, *Luomo che scambiò sua moglie per un capello*, Adelphi Edizioni, Milano 1986.

<sup>12</sup> Cuando aquí hablamos de «yo» no nos referimos al yo como *suppositum rationalis*, sino al yo como función psicológica del *suppositum* o persona; es decir, como *conciencia psicológica*.

<sup>13</sup> Cfr. L. ANCONA, *La psicoanalisi*, La Scuola Editrice, Brescia 1963.

y salta para apropiarse de ellos..., pero su salto no alcanza. Entonces da media vuelta y se va diciéndose a sí misma: «¡Bah!, están verdes». Esto puede llamarse *racionalización*, otro de los famosos mecanismos de defensa de nuestro susceptible yo. Enseguida diremos que el yo no es sólo susceptible a los problemas que le causa la libido, sino a cualquier valor o disvalor, o hecho vivido como tal, en el sentido de honroso o deshonroso, honesto o deshonesto y sentimientos similares.

Resumo. La teoría de los mecanismos (procesos) de defensa del ente biopsíquico ha sido incorporada de modo firme a la psicología, incluso a la no freudiana. Es mérito de Freud haberlo hecho posible. Lo llamativo es que la psicología anterior (científica o no) no haya alcanzado a elaborar estos conceptos que ayudan a entender conductas, empezando por las propias y más cotidianas. Tampoco —repitémoslo— es necesario que los procesos defensivos sub o inconscientes se refieran siempre a un enmascaramiento de la libido. Sirven, por supuesto, a ese fin, pero no exclusivamente. También sirven a la autoestima o autoimagen, a la imagen social, a la autoimagen de rol o estatus, y aspectos análogos. Continuamente estamos defendiéndonos. Continuamente simulamos, mentimos, nos mentimos, fantaseamos, para defender al ego, *es decir para evitarle o paliar o desviar angustias y tensiones*. Los moralistas me darán la razón, seguramente. No por nada dice la Escritura que el justo peca siete veces por día. Diré que hay casos de mecanismos de defensa tan profundamente enraizados en nuestra mente, tan hechos hábito en sentido amplio —*ἔξις*, disposición, costumbre—, tan segunda naturaleza, que la persona no llega a objetivarlos. Y si lo hace, no logra combatirlos eficazmente. Hablo de personas aparentemente maduras y sin duda virtuosas en otros sentidos. Estos procesos habituales y para los que parecemos ciegos o casi impotentes, son como los *primo primi* que por el ejercicio, van pasando a ser *motus secundo primi*, de los escolásticos. El reflejo primero es defenderse. Esto se hace costumbre o disposición, se exagera y se hace cada vez más difícil de concientizar y controlar y puede llamarse *egotelismo*<sup>14</sup>, egocentrismo, egoísmo o como se quiera. Es un proceso o mecanismo de defensa biopsíquico exagerado y perturbador. Que una persona los reconozca en sí misma es un gran paso en el camino de la perfección psíquico-espiritual. Digamos, psicopedagógicamente, en la maduración de la personalidad.

Lo increíble es que esto no se haya visto antes con la profundidad con que lo vio Freud. Los ascetas eran empecinados luchadores contra estas «imperfecciones». Hay varias otras formas de mecanismos de defensa. Están en la literatura psicoanalítica. Se notará, probablemente, que no son siempre discernibles uno de otro. Que son escurridizos, que se transforman unos en otros. Que hay algunos más «graves» que otros.

No queremos dejar de apuntar que hay mecanismos o procesos positivos de crecimiento o maduración del yo. El recordado psicólogo norteamericano Gordon W. Allport los ha descrito muy bien<sup>15</sup>. También el sociólogo Talcott Parsons alude a es-

<sup>14</sup> Cfr. E. KÜNDEL, *Psicoterapia del carácter*, Marfil, Alcoy 1970.

<sup>15</sup> Cfr. G. W. ALLPORT, *Desarrollo y cambio*, Paidós, Buenos Aires 1963; e ID., *Psicología de la personalidad*, id., ibi 1970.

tos procesos, que él refiere al aprendizaje y los cataloga como imitación, identificación e invención<sup>16</sup>, aparte de los procesos cognitivos de discriminación y generalización.

Existe una pluralidad de fenómenos biopsíquicos que pueden interpretarse en términos de procesos defensivos. A veces el yo utiliza (no conscientemente) su propio cuerpo para expresar y al mismo tiempo camuflar un conflicto. Las enfermedades llamadas psicósomáticas pueden interpretarse como formas de defensa. No es necesario llegar al extremo de la histeria, que fue lo que despertó en Freud el descubrimiento. En los clásicos casos descritos por él y antes por Charcot y Breuer —el de Anna O. ha pasado a ser el de un personaje de la literatura universal del siglo XX—, la somatización del conflicto psíquico llega al extremo de producir parálisis de miembros, pérdida de algún sentido (cegueras, sorderas, anestias psíquicas y otros efectos semejantemente aparatosos, como los embarazos histéricos). El organismo se defiende de múltiples maneras y según cada personalidad. Es conocida la actual preocupación médica por los efectos del *stress*. No son pocas las observaciones clínicas respecto de la relación del comportamiento del sistema inmunológico con el estado psicológico del paciente. Síntomas muy diversos, incluidos los depresivos, pueden ser modos del organismo de pedir una tregua. Las enfermedades cardiovasculares son también, o pueden serlo, somatizaciones de cuadros biopsíquicos complejos. Otros son usados por el ego para pedir auxilio, reclamar cuidados y consideración. El lector no especializado puede hallar una interesante síntesis de algunos aspectos de esta cuestión en Enrique Rojas, psiquiatra católico de indiscutible autoridad<sup>17</sup>.

En resumen, el modelo biopsíquico de los mecanismos de defensa ha abierto una posibilidad más amplia de comprensión de diversas conductas humanas (también animales). Por cierto que el modelo es más descriptivo que explicativo, pero no deja de ser un avance, según nuestra opinión, ya incorporado a la literatura psicológica general. De orientación muy ortodoxa desde el punto de vista tomasiano, la Dra. Ana María Ennis ha sumado el tema de los mecanismos de defensa a su método psicoterapéutico<sup>18</sup>.

#### EL TEMA DEL SUPER-YO

Otro tópico muy freudiano es el del super-yo. Sobre el particular hemos dado nuestra opinión en esta misma revista y luego, más matizadamente en nuestro libro *El alma y su cuerpo*<sup>19</sup>. No nos detendremos en el tema. Pero recordemos al menos

<sup>16</sup> Cfr. T. PARSONS-R. F. BALES-E. A. SHILS, *Apuntes sobre la teoría de la acción*, Amorrortu, Buenos Aires 1970, pp. 158ss.

<sup>17</sup> Cfr. E. ROJAS, *La ansiedad*, Temas de Hoy, Madrid 1989.

<sup>18</sup> Cfr. A. M. ENNIS, *Psicoterapia simbólica*, López Editores, Buenos Aires 1981.

<sup>19</sup> Cfr. A. PITHOD, «Super-yo y vida moral. Una valoración tomista de la hipótesis psicoanalítica», *Sapientia* XLVI (1991) 111-118; e ID., *El alma y su cuerpo. Una síntesis psicológico-antropológica*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires 1994.

que, libre del contexto freudiano de sexualismo y del carácter edipiano de su origen, en la psique existe un *locus interior* de control del comportamiento, una función normativa que no debe confundirse con la conciencia moral, *locus* donde el individuo ha internalizado modos aceptables de actuar, normas que van desde las referidas a la higiene hasta el desempeño «correcto» de roles sociales. El super-yo debe distinguirse de la conciencia moral y de los ideales concientes del yo. Una prueba negativa de que el super-yo es una instancia psíquica real enraizada en el subconciente<sup>20</sup>, y que nos prescribe cuáles son los modos adecuados y cuáles los inadecuados de actuar, reside en el hecho de que puede entrar en conflicto con el yo consiente. Un escrupuloso padece porque su super-yo sigue prohibiendo o prescribiéndole conductas que la conciencia moral no le prohíbe ni le prescribe. No se puede curar un escrúpulo obsesivo con razonamientos éticos. El sujeto seguirá sintiendo culpa. Este proceso de internalización de normas más allá de la conciencia, de la razón, es un resultado de la condición social del ser humano y de la fuerza psíquica que adquiere la introyección de las normas impresas por procesos sociales. Parsons hace notar acertadamente que Freud y Durkheim llegaron al mismo *insight* por vías diferentes; uno por la observación psicológica y el otro sociológica. Comprendo perfectamente las resistencias que despierta hablar de un *super-yo* no conciente que influye (en diversos grados) en el individuo y cuya acción es oscura o sencillamente ignorada por éste. Eso de «super» es, además, un error de nominación. Más bien es un *sub-yo*. Y en cada persona se manifiesta diversamente. Unos padecen un sub-yo tiránico, como los obsesivos, otros apenas tienen esa ayuda o soporte subconciente (Freud dice inconsciente, por cierto), con lo que tienden a la liviandad y a la irresponsabilidad. Después de Freud se ha visto que ese sub-yo puede contener tanto normas éticas, tanto normas criminales. Un niño criado en un ambiente mafioso puede tener un sub-yo tiránico, pero con un contenido mafioso. Para él será «inmoral» no vengar a un familiar, el progreso y honor de la «familia» tendrán un valor absoluto, por encima de toda otra consideración social o moral. Un niño gitano no «sentirá» que hace mal si hurta. Al contrario, se sentirá muy gratificado si puede llevar a su campamento el fruto de los hurtos. Este relativo relativismo cultural fue, obviamente, observado por el genio de Santo Tomás. Cuando explica por qué hay quienes no alcanzan a ver que la existencia de Dios no es evidente para el hombre, y que hay que demostrarla, dice que esa gente piensa así porque desde pequeños vivieron a Dios como un ser real, y por ello les resulta evidente que existe, e inútil, sino absurdo, tener que demostrarlo<sup>21</sup>. Efectivamente, lo que de niño uno incorporó como evidente o como absurdo, como «bueno» o como «malo», adquiere una gran fuerza psicológica. «La costumbre y sobre todo la que arranca de la niñez, adquiere fuerza de naturaleza»<sup>22</sup>.

---

<sup>20</sup> Coincidimos con Agulla (*op. cit.*, p. 188) en que la actividad del super-yo es fundamentalmente subconciente. Pero Agulla atribuye a Freud esta concepción. Creemos que Freud persistió en considerar al «ello» y al «super-yo» como inconscientes, y aun al mismo yo como gran parte inconsciente.

<sup>21</sup> Cfr. *Summ. c. Gent.* I 11.

<sup>22</sup> «Consuetudo autem, et praecipue quae est a puero, vim naturae obtinet» (*Ibid.*).

«Por esto sucede —continúa Santo Tomás— que admitimos como naturales y evidentes las ideas de que estamos imbuidos desde la infancia»<sup>23</sup>.

#### LA OBEDIENCIA DEBIDA

Las experiencias de Stanley Milgran en Yale sobre la obediencia, dramatizadas en el film «I como Icaro», serían incomprensibles si no se apelara a la presión del super-yo sobre el sujeto, en la línea del cumplimiento de órdenes, órdenes que la conciencia moral del sujeto normal debería juzgar como condenables. Así la «obediencia debida» en sujetos éticos, cuando la orden es moralmente indebida, se explica en parte por la fuerza del sub (o super)-yo como instancia o *habitus* de control subconsciente, como compulsión a la obediencia o sometimiento a las órdenes de la autoridad que se percibe como legítima e investida del derecho a mandar. La autoridad es la «debida», pero no siempre lo que ordena, y en tal caso la obediencia es indebida. He aquí un ejemplo comprensible de interacción entre yo consciente (conciencia moral) y super-yo no-consciente, no siempre resuelto por el sujeto en línea con la ética.

#### EL TEMA DE LA LIBIDO

Un tópico que ha causado muchos problemas y que es también central en el psicoanálisis, sin duda, se refiere a su concepción de lo sexual. Pese a todas las deformaciones que ha traído, al desquicio que ha provocado en los individuos y en la cultura de nuestro siglo, hay que reconocer que el *insight* de Freud constituyó una especie de develamiento de algo que muchos antes que él sospecharon, pero que ninguno explicitó como él. Lo hizo deformando gravemente las cosas, pero su terrible mirada caló hondo. Es verdad que muchos han retrocedido asustados cuando se asomaron a ese transfondo instintivo-emocional. La pureza es una virtud muy hondamente cristiana. El pudor lo mismo. Freud se regocijó en mostrar hasta dónde el ser humano está movido por el impulso sexual y cuántos disfraces —en el mejor de los casos, cuántas sublimaciones— exhibe esta fuerza oscura cuya visión da vértigo. Recojamos el guante sin pusilanimidad. El P. Leonardo Castellani, en un libro póstumo, expresa textualmente: «El amor es la emoción fundamental y el amor sexual es la pasión central en el *hombre*, incluso en el hombre-cura o mujer-monja»<sup>24</sup>. No sé si ahora sería tan radical en su afirmación. Se puede discutir —desde el comienzo del psicoanálisis Adler y Jung lo hicieron— que ésa sea la pasión central. También hallamos, en la naturaleza caída, otras pasiones más o menos desordenadas o desordenantes. La autoafirmación y la necesidad de estima, el deseo de poder, como así también ansias siempre insatisfechas de trascendencia y religación. Freud mismo parece que renunció a la vida sexual para poder emplear toda su atención y energía en el tra-

<sup>23</sup> *Ibid.*

<sup>24</sup> L. CASTELLANI, *Psicología humana*, Ed. Jauja, Mendoza 1995, p. 172.



bajo psicoanalítico, es decir en la autoafirmación intelectual y la necesidad de trascender.

Freud descubrió un velo sobre una realidad inquietante, turbadora, y que no conviene remover sino por necesidad extrema. El lo descubrió prepotentemente («Les vengo a traer la peste») y trató la materia de manera torcida. Su odio por la religión, judía y cristiana, supongo que tuvo que ver con su regocijo y empecinamiento en torno del tema sexual. Por ejemplo, hay demasiada carga triunfalista al ventear lo del complejo de Edipo y llamar al niño —para el cristiano, símbolo de la inocencia— un «perverso polimorfo».

Pero nos facilitó ver el carácter omnipresente de la fuerza libídica, sus camuflajes, disfraces, infiltraciones y transformaciones. Nos llamó la atención sobre la realidad de la sublimación. No en el sentido fisicista que él le da. Nosotros decimos que hay que asumir la libido sin cegarla y sin que nos ciegue. Esto es educación. Asumirla eminentemente<sup>25</sup>, que es muchísimo más acertado que decir «sublimarla». Thibon lo vió bien y cambió el significado de este término para poder usarlo<sup>26</sup>.

#### EL CONDICIONAMIENTO HISTÓRICO-CULTURAL

Michel Foucault, con su «arqueología» del conocimiento, ha enfatizado hasta absolutizar un fenómeno psicológico importante, aún no bien conocido. El condicionamiento cultural de la enfermedad mental. Aunque nosotros nos referimos aquí más a los trastornos de la personalidad que a la locura propiamente tal, conviene una referencia.

Freud probablemente vió el fenómeno de la libido reprimida contaminando la vida psíquica globalmente y al mismo tiempo despistando sobre su carácter sexual mediante su expresión no directa, sino simbólica y onírica, porque su contexto sociocultural era más que propicio para inducir esos efectos de preferencia a otros. La clase profesional burguesa medio-alta de una Viena moralmente en mutación (fini-victoriana) le facilitó el hallazgo de casos interpretables en términos de su modelo o paradigma. Su condición, además, de judío en ascenso por la vía cultural permitió juntar un grupo inicial con iguales características. Los judíos habían avanzado entonces por la vía de la pérdida de la fe y el materialismo más que los cristianos, y sus oídos se prestaban a cosas muy chocantes sin escandalizarse. Así Freud fue forjando su sistema y logrando ponerlo en práctica, él mismo, sus amigos y discípulos.

Es probable que hoy no sea la represión de la libido un motivo demasiado frecuente de neurosis. De hecho la forma más espectacular, la histeria, parece ser menos común que en aquel contexto sociocultural.

Es dable esperar nuevas formas de patologías de la personalidad. Por ejemplo, la depresión, como forma extrema de la ansiedad psicológica y la angustia existencial de este fin de siglo. En la edad de la fe, el Medioevo, las exaltaciones pseudomísticas,

<sup>25</sup> Cfr. A. PITHOD, *El alma y su cuerpo*, cap. II.

<sup>26</sup> Cfr. G. THIBON, *Ensayo sobre el amor humano*, 4a. ed., Rialp, Madrid 1963.

fueron, al parecer, más comunes que después. Queremos decir: las formas de enfermar psicológicamente están influidas por el medio social y cultural. Freud fue ciego a esta realidad. Sólo experiencias sociales extremas lograron hacerle revisar su teoría monoinstintivista sexual. La Primer Gran Guerra y sus neurosis propias lo llevaron a postular, más allá del *ἔπος*, o instinto de vida, a *θάνατος*, instinto de muerte.

Mientras la sociología y la antropología cultural iban mostrando la cantidad de comportamientos socialmente inducidos, Freud siguió atrincherado en una psicología «micro», individualista.

El ego no lo ve en *función de relación* con el alter social, ni enfatiza, como luego Harry Stack Sullivan, la importancia de la relación ego-alter. Puede que ni ego ni alter estén deteriorados, pero sí su relación, que puede ser neurótica. Esta situación relacional patógena es particularmente dramática en los casos de esquizofrenia o esquizoidia. Una relación intrafamiliar puede inducir (hacer despertar) o agravar patologías de esta índole. Conocemos un caso grave de esquizofrenia: un joven que es internado lejos de su familia y se recupera de tal modo que los médicos le dan de alta y vuelve a su hogar paterno..., para empezar a agravarse nuevamente. En apariencia el medio familiar era sano. Lo era sólo superficialmente, pues las relaciones intrafamiliares resultaron ser patógenas.

#### PSICOANÁLISIS Y NEUROPSIQUIATRÍA

El modelo freudiano biopsíquico está sometido en nuestros días a la dura prueba del desarrollo espectacular de las neurociencias. Freud pudo desentenderse de los aspectos neurofisiológicos de los trastornos que trataba y que inspiraron su sistema, porque, como él mismo advertía, del correlato neuronal de lo psíquico entonces se sabía poco y nada. Hoy puede verse, mediante la inyección de sustancias radioactivas u otras técnicas, cómo funcionan ciertos aspectos de un cerebro. Puede apreciarse cómo «se apagan» las zonas enfermas en una neurosis o en una depresión. La irrigación sanguínea aumenta en la zona cerebral activa y disminuye en las momentánea o habitualmente menos activas. El cerebro de un depresivo aparece «apagado» en relación al normal mientras en las obsesiones hay zonas sobreestimulas. Actualmente una neurosis obsesiva puede aliviarse de sus peores síntomas, mediante medicación. No es necesario esperar al resultado siempre incierto de largas y costosas psicoterapias. Aunque personalmente sigo convencido de que el avance neuropsiquiátrico no podrá ni conviene que lo haga, hacer desaparecer la psicoterapia y la socioterapia (la atención a las variables sociales en las que está y/o estuvo inserto el sujeto). De la misma opinión es Enrique Rojas con más autoridad que yo.

#### CONCLUSIÓN

A pesar de todos los pesares, que son muchos, opinamos que la ciencia del hombre no puede sacudirse a Freud de manera absoluta. No conocemos el futuro. Pero al parecer ni siquiera los espectaculares avances de las neurociencias en los últimos

cinco o diez años, podrán hacer prescindibles algunos de los *insights* psicológicos del psicoanálisis (y de otras escuelas, por cierto). La neurociencia no explica ni suprime el hecho psíquico. Sólo avanza en la comprensión de su concausa material.

La antropología tomista no necesita caer en ningún reduccionismo ni renunciar a la verdad porque esté envuelta en el error. Como dijimos al comienzo, no vaya a ser que los muertos que vos matáis sigan luego gozando de buena salud.

ABELARDO PITHOD

Universidad Nacional de Cuyo.